

Capítulo 19: El modo de salmodiar

24 (25) feb., 26 jun., 26 oct.

¹Creemos que Dios está presente en todas partes, y que *los ojos del Señor vigilan en todo lugar a buenos y malos* (Pr 15,3), ²pero debemos creer esto sobre todo y sin la menor vacilación, cuando asistimos a la Obra de Dios.

³Por tanto, acordémonos siempre de lo que dice el Profeta: *Sirvan al Señor con temor* (Sal 2,11). ⁴Y otra vez: *Canten sabiamente* (Sal 46 [47],8). ⁵Y: *En presencia de los ángeles cantaré para ti* (Sal 137 [138],1).

⁶Consideremos, pues, cómo conviene estar en la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, ⁷y asistamos a la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz.

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

RB 19,1-2:

Basilio de Cesarea (Regla, versión latina de Rufino, 109)

“Pregunta: ¿Es posible que un hombre consiga que en todo tiempo y lugar su mente no ande divagando, y cómo puede lograrse esto?”

Respuesta: Que es posible lo muestra aquél que dijo: *Mis ojos están siempre vueltos hacia el Señor*, y de nuevo: *Tenía siempre al Señor ante mí, porque él está a mi derecha para que no vacile*. Ya dijimos de qué modo es posible, a saber, si no entregamos nuestra alma al ocio, sino que en todo tiempo pensamos en Dios, en sus obras, en sus beneficios y en sus dones; y esto lo recordamos constantemente con alabanza y acción de gracias, como está escrito”.

Casiano (Conferencias, 9,26)¹

“En ocasiones, salmodiando, un simple versículo de un salmo ha bastado para situarme en la oración de fuego. A veces la voz melodiosa de un hermano ha despertado a las almas de su letargo y ha sido parte para encender en ellas una ardiente plegaria. Me consta, asimismo, que una salmodia imponente y grave ha excitado alguna vez el fervor, incluso en aquellos que no hacían sino escucharla pasivamente...”.

RB 19,3:

Apotegmas (Serie alfabética, 75; PG 65,340)

¹ Casiano en este pasaje sostiene que la salmodia puede introducirnos en una auténtica experiencia mística.

Abba Poimén dijo de *abba* Pambo, que *abba* Antonio había dicho de él: “Por el temor de Dios hizo que habitase en él el Espíritu de Dios”.

Evagrio Póntico (Tratado sobre la oración, 100)

«Si en tu oración estás ante Dios todopoderoso, Creador y Providente ¿cómo estás en su presencia olvidándote locamente de su temor soberano y temiendo, en cambio, a los mosquitos y escarabajos? ¿No oíste a Aquel que dijo: “Tú temerás al Señor tu Dios” (*Dt* 10,20), y también: “Ante tu poder todo se estremece y tiembla” (cf. *Jl* 2,10-11 y *Si* 16,19)?».

RB 19,4:

Basilio de Cesarea (Regla, versión latina de Rufino, 110)

“Pregunta: ¿Qué significa: *Canten sabiamente* (*Sal* 46 [47],8)?

Respuesta: Como todos los alimentos tienen su gusto, y se los conoce a cada uno de ellos por el sabor, así sucede con el sentido de la prudencia respecto de las palabras de la Sagrada Escritura: *El paladar, dice, saborea los alimentos y la mente discierne las palabras* (*Jb* 12,11; 34,3). Si, pues, uno dirige su alma a cada una de las palabras de los *Salmos*, del mismo modo que el gusto está pronto para discernir el sabor de los alimentos, ésta cumple lo que se dice: *Canten sabiamente* (*Sal* 46 [47],8)”.

Evagrio Póntico (Tratado sobre la oración, 82)

“Ora con mansedumbre y sin ansiedad; salmodia con inteligencia y armonía, y serás como el aguilucho que vuela en las alturas”.

Jerónimo presbítero (Epístola 125,15; BAC 220 [1962], p. 612)

“... Recitarás el salmo que te toque -por cierto que aquí no se busca lo melodioso de la voz, sino el fervor del espíritu, porque dice el Apóstol: *Salmodiaré en espíritu, también con inteligencia* (*1 Co* 14,15); y: *Cantando en sus corazones* (*Ef* 5,19; *Col* 3,16); y es que ha leído el imperativo: *Salmodien sabiamente*- (*Sal* 46 [47],8)...”.

Agustín de Hipona (Regla II,3)

Cuando oren con salmos e himnos a Dios, mediten en el corazón lo que prefieren con la voz.

Agustín de Hipona (Enarraciones sobre los Salmos, 99,3; BAC 255 [1966], p. 588)

“... ¿Qué necesidad hay de alegrarse y de obedecer a este salmo que dice: *Regocíjese en Dios toda la tierra* (*Sal* 99 [100],2), si no se entiende el regocijo, puesto que al regocijarse sólo clama nuestra voz y no el corazón? La voz del corazón es el entendimiento”.

RB 19,5:

Tertuliano (Sobre la oración, III,3)

“... *Santo, santo, santo* (Is 6,3; Ap 4,8). También nosotros que aspiramos a vivir un día como los ángeles si lo habremos merecido, ya desde ahora aprendemos aquella aclamación celestial dirigida a Dios que será nuestra función en la gloria futura”.

Orígenes (Tratado sobre la oración, 11,5 y 31,5)

«Podemos pensar que los ángeles encargados de velar por nosotros como ministros de Dios coinciden con el que ora uniéndose a su petición. El ángel de cada cual, incluso de los “más pequeños” en la Iglesia, “siempre contemplan el rostro del Padre que ésta en los cielos” (Mt 18,10) y ve la divinidad de aquel que nos creó. Él ora con nosotros y hace todo lo que puede para cooperar con nosotros en lo que pedimos».

«Con respecto a los ángeles podemos discurrir de este modo. Si es cierto que “acampa el ángel del Señor en torno a los que le temen y los libra” (Sal 34 [35],8); si es cierto lo que se refiere a Jacob no sólo de sí mismo sino de todos los que confían en Dios cuando dice “el ángel me ha rescatado del mal” (Gn 48,16). Entonces es probable que cuando mucha gente se reúne sólo para alabar a Jesucristo, el ángel de cada uno está en torno a los que le temen al Señor, junto a la persona que le ha sido encomendada. Por consiguiente, cuando se reúnen los santos hay una doble iglesia o asamblea: la de los hombres y la de los ángeles.

Orígenes (Homilías sobre el Levítico, IX,8; SCh 287 [1981], pp. 110-113)

«... *Los ángeles de Dios ascienden y descienden sobre el Hijo del Hombre* (Jn 1,51). Ellos vigilan y están atentos para descubrir (cf. Mt 13,41) en cada uno de nosotros lo que pueden ofrecerle a Dios. Miran y escrutan atentamente el alma de cada uno de nosotros para ver si tiene una disposición, un pensamiento tan santo que merezcan ser ofrecidos a Dios. Examinan y consideran si alguno de entre nosotros, por las palabras dichas en la Iglesia, tiene *el corazón arrepentido* y el espíritu convertido hacia la penitencia, si, habiéndolas oído, piensa en *enderezar (corrigere) sus caminos* (cf. Sal 118 [119],9; Pr 21,29), en *olvidar el pasado y prepararse para el futuro* (Flp 3,13), al menos según (lo hizo) aquel muy impío Ajab del que dijo el Señor: “¿Has visto cómo el corazón de Ajab se ha arrepentido (compunctum)?” (1 R 20 [21],29)».

Hilario de Poitiers [+ 367] (Sobre san Mateo, 18,5; SCh 258 [1979], pp. 80-81)

“... Es de absoluta autoridad² que los ángeles del Señor presiden las oraciones de los creyentes; de modo que los ángeles ofrecen cada día a Dios las oraciones de aquellos que son salvados por Cristo. Por tanto, es peligroso despreciar a aquél cuyos deseos y peticiones son llevadas ante el Dios eterno e invisible por el ministerio solícito y servicial de los ángeles”.

Basilio de Cesarea (Epístola 2,2)

² Tertuliano, *Sobre la oración*, 16,4 (6): “... Si, ciertamente, es irreverente sentarse en presencia y frente a aquel que respetas y veneras en grado sumo, ¿cuánto más resulta absolutamente irreligioso este hecho delante del Dios vivo, mientras aún está presente el ángel de la oración (cf. Tb 12,12; Lc 1,8-11; Ap 8,3-4)? A menos que queramos echar en cara a Dios que nos ha cansado la oración”.

“¿Qué mayor felicidad que imitar en la tierra el coro bienaventurado de ángeles: levantarse para la oración al comenzar el día y honrar al Creador con himnos y cánticos; luego cuando brilla ya el sol con su luz pura, ir al trabajo, acompañado en todas partes por la oración y sazonar por decirlo así su trabajo con la sal de los himnos? Establecer el alma en la alegría y eximirla de tristezas, he ahí el beneficio que procuran los consuelos de los himnos”.

Evagrio Pónico (Tratado sobre la oración, 75 y 81)

“Cuando se lee en el *Apocalipsis* (8,3) que el ángel toma incienso para unirlo a las oraciones de los santos, se trata, creo, de esta gracia que hace el ángel. El hace nacer la ciencia de la verdadera oración en el espíritu, de tal manera que ésta queda en lo sucesivo libre de toda agitación, *acedia* y negligencia”.

“Debes saber que los santos ángeles nos inducen a orar y permanecen a nuestro lado alegres y orando con nosotros. Pero si somos negligentes y aceptamos pensamientos del enemigo, los irritamos mucho. Efectivamente, mientras ellos luchan a favor nuestro, nosotros no queremos siquiera suplicar a Dios por nosotros mismos, y despreciando su servicio, abandonamos a Dios, su Señor, para acudir al encuentro de los impuros demonios”.

RB 19,6:

Cipriano de Cartago (Sobre la oración del Señor, 4; BAC 241 [1964], pp. 201-202)

«La súplica y las palabras de los que oran deben hacerse con una disciplina que contenga sosiego y respeto (*quietem et pudorem*). Hay que ser agradables, por tanto, a los ojos de Dios por el porte del cuerpo y por la moderación de las palabras. Porque así como es propio de un descarado rezar a gritos, por el contrario es conforme al respeto orar con moderación. Finalmente, el Señor nos ha enseñado y ordenado orar en secreto, en parajes retirados y en los propios aposentos, que es lo más conveniente a la fe, porque así creemos que Dios está presente en todo lugar, que oye y ve a todos; que penetra lo más oculto y escondido la inmensidad de su majestad, según está escrito: “Yo soy Dios que está cercano, y no un Dios lejano. Aunque el hombre se esconda en lo más recóndito, ¿por eso yo no voy a verlo? ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra? (*Jr* 23,23-24). Y en otro pasaje: “Los ojos de Dios escudriñan a los buenos y a los malos” (*Pr* 15,3). Y cuando nos reunimos los cristianos en un paraje y ofrecemos el sacrificio por manos del sacerdote de Dios, no proferimos nuestras oraciones con descompasadas palabras, ni lanzamos en torrente de palabrería la petición que debemos confiar modestamente a Dios, porque éste escucha lo que sale del corazón, no lo que dicen las palabras; no hay que dirigirse a gritos a quien conoce los pensamientos de los hombres, como lo asegura el Señor diciendo: “¿Qué cavilan, malvados, en su interior?” (*Mt* 9,4). Y en otro lugar: “Y sabrán todas las Iglesias que soy escudriñador de lo más íntimo del corazón” (*Ap* 2,23)».

Agustín de Hipona (Enarraciones sobre los Salmos, 141,3. 4; BAC 264 [1967], pp. 672-673)

«Rogaré ante Él” (*Sal* 141 [142],3). ¿Qué significa “ante Él”? En su presencia. ¿Qué significa “en su presencia”? En donde ve. Pero ¿en dónde no ve? Decimos en donde ve como si hubiera parte alguna en donde no vea. En este conjunto de cosas corporales también ven los hombres y los animales; pero Él ve también en donde el hombre no ve.

Ningún hombre ve tu pensamiento. Dios sí lo ve. Derrama tu plegaria en donde sólo ve Aquel que remunera. Nuestro Señor Jesucristo te mandó orar en lo secreto...

... Cristo está dentro; allí habita; ruega ante Él; no intentes que te oiga de lejos. Porque no está lejos la Sabiduría de Dios, “que se extiende del uno al otro confín con fortaleza y ordena todas las cosas con suavidad” (*Sb 8,1*). Luego dentro, en ti y ante Él derrama tu plegaria; allí están sus oídos...».

RB 19,7:

Orígenes (Tratado sobre la oración, 31,2)

“Me parece que inmediatamente antes de la oración hay que prepararse recogiendo un poco, con lo cual estará el alma más atenta y diligente durante todo ese tiempo. Debe desechar cualquier tentación y pensamientos que distraigan. Dense cuenta, en cuanto les sea posible, de la majestad a quien se acercan, pensando lo impío que es estar en su presencia sin reverencia, perezosamente y con menosprecio. En ese tiempo olvídense de todas las cosas. Ha de entrar en oración de esta manera: extienda el alma, si fuere posible, en vez de las manos; en vez de los ojos, fije en Dios la mente; en vez de estar de pie, levante del suelo la razón y así la mantenga delante del Señor. De quien parezca haberle injuriado aparte su indignación tan lejos como quiera que Dios retire su enojo contra él. Si ha hecho mal o pecado contra muchas personas o tiene idea de haber obrado contra la propia conciencia.

Muchas y diferentes pueden ser las posturas del cuerpo, pero has de proferir entre todas la de brazos extendidos y mirada levantada, porque de esta manera el cuerpo viene a ser imagen de las características que el alma ha de tener en la oración. Quiero decir que se prefiera esta posición cuando haya alguna circunstancia que lo impida. En determinadas circunstancias se puede orar sentado, por ejemplo, si las piernas no aguantan, debido a alguna enfermedad de consideración. Se puede orar estando acostado cuando hay fiebre o alguna otra enfermedad. Depende de las circunstancias. Por ejemplo, si viajamos por mar, o si no podemos dejar el trabajo para acudir a la oración formal. Entonces podemos orar como si aparentemente no estuviésemos haciéndolo”.

Evagrio Póntico (Tratado sobre la oración, 41)

“Ya sea que ores con tus hermanos o que ores solo, esfuérzate por orar, no por rutina, sino sintiendo tu oración”.

Evagrio Póntico (Exhortación a una virgen, 35)

“Salmodia con tu corazón, no te contentes con mover tu lengua”.

Casiano (Conferencias, 23,5)

“... ¿Quién está ya tan ejercitado y posee un dominio tan cabal de sí mismo que no se distraiga jamás del sentido de la Escritura cuando canta un salmo al Señor?...”.

Agustín de Hipona (Enarraciones sobre los Salmos, 30,II,1; BAC 235 [1964], p. 365)

“... Si el salmo ora, oren; si gime, giman; si se alegra, alégrense; si espera, esperen; y si teme, teman. Porque todas las cosas que se escribieron aquí son nuestro espejo o reflejo”.

Regla del Maestro (capítulo 47)

Pregunta de los discípulos: Sobre la manera³ de salmodiar. El Señor responde por el maestro:

¹Tanta debe ser la gravedad de la reverencia y la disciplina de la salmodia que se goce más el Señor en escucharnos que nosotros en decir, ²como dice la Escritura: “*Te deleitarás de lo que sale a la mañana y a la tarde*” (Sal 64 [65],9), y también: ³“*Salmodien bien para Él, con júbilo, porque la palabra del Señor es recta*” (Sal 32 [33],3-4), ⁴y también: “*Exulten ante Él con temor*” (Sal 2,11), ⁵y también: “*Salmodien para el Señor sabiamente*” (Sal 46 [47],8). ⁶Por tanto, si ordena que salmodiemos sabiamente y con temor, es preciso que el que salmodie esté con el cuerpo inmóvil, con la cabeza inclinada y que cante al Señor las alabanzas moderadamente, ⁷puesto que cumple su ministerio ante la divinidad, ⁸según lo que enseña el profeta, cuando dice: “*En presencia de los ángeles salmodiaré para ti*” (Sal 137 [138],1).

⁹Por lo demás, el que canta ha de estar siempre atento para que su espíritu no divague por parte alguna, ¹⁰no sea que si nuestro espíritu vagabundea en otro pensamiento, Dios diga sobre nosotros: “*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*” (Mt 15,8; cf. Is 29,13), ¹¹y también se diga sobre nosotros: “*Con su boca bendicen y con su corazón maldicen*” (Sal 61 [62],5). ¹²Y cuando alabamos a Dios sólo con la lengua, (es como si) le admitiéramos solamente a la puerta de nuestra boca, introduciendo e instalando al diablo dentro de la morada de nuestro corazón. ¹³Porque ciertamente, al introducir (a alguien), se juzga más digno al que se hace entrar dentro, que al que espera fuera. ¹⁴Por tanto, para un oficio tan elevado y tan (digno) conviene que el corazón junto con la lengua, ofrezcan al Señor con temor la deuda cotidiana. ¹⁵Y el que salmodia estará atento en su corazón a lo que dice cada uno de todos los testimonios, porque si está atento a cada versículo, le aprovecharán para la salvación de su alma, ¹⁶y en ellos se encuentra todo lo que se busca, porque el “*salmo dice todo lo que edifica*” (1 Co 14,3. 26), ¹⁷(según) lo que dice el profeta: “*Salmodiaré y entenderé en el camino inmaculado; ¿cuándo vendrás a mí?*” (Sal 100 [101],1-2). ¹⁸Lo que suena en la voz, eso mismo debe estar también en la mente del que salmodia. ¹⁹Por tanto, salmodiemos al mismo tiempo con la boca y la mente, (según) lo que dice el apóstol: “*Salmodiaré con el espíritu, y con la mente*” (1 Co 14,15). No solamente con (nuestras) voces (debemos) gritar a Dios, sino también con el corazón.

²¹Y por tanto cuanto se salmodia han de evitarse las toses frecuentes, la abundancia de jadeos prolongados o la asidua expulsión de saliva; ²²evitará también el que salmodia arrojar ante sí las inmundicias sacadas de la nariz, sino que el hermano debe arrojarlas detrás de sí, ²³porque que se nos ha enseñado que los ángeles están ante los que salmodian, cuando el profeta dice: “*En presencia de los ángeles, te alabaré*” (Sal 137 [138],1). ²⁴Por tanto, cuando fueren presentados⁴ por el diablo todos estos impedimentos al cantar, inmediatamente el que salmodia signe su boca con la señal de la cruz.

³ *Disciplina.*

⁴ *Ministrata.*

Comentario del P. Adalbert de Vogüé (+), *osb*, al capítulo 19⁵

Este breve capítulo y el siguiente corresponden muy exactamente a dos capítulos del Maestro que llevan los mismos títulos y ocupan el mismo lugar, al final de la sección sobre el oficio (RM 47-48). Para el Maestro es claro que la “salmodia” y la “oración” son dos realidades litúrgicas que van unidas: la oración es la plegaria silenciosa que sigue a cada salmo en el oficio. Antes de terminar su *ordo*, el Maestro da avisos espirituales y prácticos sobre la forma de realizar las dos acciones que se alternan continuamente durante el oficio divino.

En Benito la finalidad de los dos capítulos [RB 19-20] es más fluida. Desde la frase inicial del primero, se manifiesta que, bajo el nombre de salmodia, que sólo aparece en el título, se considera todo el oficio divino. Se puede decir que para Benito ambos términos son sinónimos. Oración y salmodia forman el todo del oficio divino, como será la situación en los siglos siguientes y hasta nuestros días. ¿La oración después de cada salmo habrá desaparecido?

La frase de introducción no tiene correspondencia en el Maestro. Como el primer grado de humildad de las dos *Reglas*, reproduce una de las citas bíblicas (*Pr* 15,3)⁶, afirmando que Dios está presente en todas partes y ve a los hombres, buenos y malos. Constantemente mantenida por los monjes, la fe en esa presencia y en su mirada alcanza su máxima intensidad a la hora del oficio. La obra de Dios aparece así como el tiempo fuerte de una atención que quiere ser perpetua: orar sin cesar.

De los tres textos sálmicos citados a continuación, uno (*Sal* 2,11a) tiene su correspondiente en el Maestro (*Sal* 2,11b), y los otros dos (*Sal* 46 [47],8; 137 [138],1) se encuentran tal cual en la RM. El “temor” recuerda de nuevo el primer grado de humildad. La “sabiduría” o inteligencia consiste sobre todo en la atención a las palabras del salmo, que es expresamente recomendada. La “presencia” (o “mirada”) de los ángeles se une a aquella de Dios y le confiere una especie de expresión figurada: nuevamente un eco del primer grado.

La conclusión resume en una frase lapidaria un largo desarrollo de la otra *Regla*. “Pensemos que nos encontramos en la presencia de Dios”, decía ya san Cipriano al inicio de su tratado sobre la oración⁷. En cuanto al acuerdo del espíritu y de la voz, más de un autor cristiano lo requiere en términos casi idénticos. Ideal arduo, que inclusive apelando al esfuerzo mental, no se puede alcanzar sino por un abandono confiado en el Espíritu Santo, autor divino de los *Salmos*.

Evaluación al Capítulo 19: leer y hacer una síntesis del Tratado sobre la oración del Señor de san Cipriano de Cartago (trad. en BAC 241, Madrid 1964, pp. 199 ss.), indicando los puntos de contacto con la RB.

⁵ *Ce que dit saint Benoît. Une lecture de la Règle*, Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1991, pp. 130-132 (Collection Vie monastique, n. 25).

⁶ Cf. RB 7,26; RM 10,37 (N.d.T.).

⁷ *Sobre la oración del Señor*, 4.

APÉNDICE 1

De la actitud en el canto de los Salmos⁸

Aceptada la suposición de que el grupo de capítulos 8-18 formaba un cuaderno aparte, unas notas particulares para el Abad, nuestro presente capítulo ha de considerarse como continuando al capítulo 7, sin interrupción.

Con la frase de la Escritura puesta como premisa en forma de introducción general: “los ojos del Señor observan en todo lugar a los buenos y a los malos” se refiere directamente al primer grado de humildad, donde se citan las mismas palabras en relación con los ángeles que día y noche informan al Señor de las obras de nuestra vida (RB 7,77-84).

Ahora bien, si todo nuestro obrar debe desarrollarse en presencia del Señor y bajo la constante mirada de los ángeles, tanto más debe persuadirse nuestra conciencia de que estamos en presencia de Dios y de los ángeles, al ponernos en inmediata relación con Dios! “*Ad Opus divinum assistimus*” –“nos disponemos para el servicio de Dios”-. El *Opus Dei* es la obra específica del monje, “*pensum servitutis*”, y el trabajo mayor que puede realizar. A él debe aplicarse toda nuestra energía y la plena concentración del hombre interior. El contenido del capítulo: *De disciplina psallendi* ha resultado de este sentimiento del deber de un oficio. De este sentimiento de obligación de un oficio nació el título del capítulo *De disciplina psallendi* y la indicación de su contenido. Querer ver en él sólo la actitud interna en la recitación de los salmos, sería desconocer la intención de san Benito. “*Disciplina*” es un típico concepto romano, que caracteriza el esfuerzo resultante de la educación, la concentración de las fuerzas del alma que surgen del interior para su actuación externa.

Al “*ubique*” (en todas partes) se le contrapone el “*Opus divinum*” como grado supremo de la presencia divina. Ciertamente que Dios está en todas partes y puede ser adorado donde se quiera, pues Él lo tiene todo en su mano. Empero la ejecución del *Opus Dei* en un lugar sagrado eleva al hombre por encima del cosmos, hacia la esfera de lo divino, de lo eterno, al cielo, cuya imagen es el *Oratorium* consagrado; representa éste la Santa Ciudad, la nueva Jerusalén, bajada del Cielo (Ap 21,2)⁹. *Opus divinum* tiene más fuerza que *Opus Dei*, obra de Dios en nosotros. “*Assistimus*”: nosotros asistimos cooperando a una acción de Dios. En el culto, Dios es propiamente el que obra, nosotros somos solamente sus instrumentos y órganos. Él desciende por la gracia a nosotros, para estar más cerca, nosotros subimos para Él. Por esta presencia de Dios especialmente lograda en el oficio divino debemos creer firmemente que la mirada de Dios escudriña nuestro interior para ver si con corazón puro nos dirigimos a Él en cánticos de alabanza, porque el *Opus Dei in nobis* y el *Opus nostrum ad Deum* nos unen a Él.

San Benito prueba, con la sagrada Escritura, cómo esta ascensión a la cumbre de la unión con Dios es lograda de parte de los monjes en el *Opus Dei*: “*Servite Domino in timore*” (Sal 2,11). El temor de Dios, la sensación de la grandeza y majestad de Dios, la conciencia de nuestra propia pequeñez e insuficiencia, son la primera condición para un verdadero servicio de Dios, el primer grado de humildad. Es el principio de la sabiduría; por esta razón “*psallite sapienter*” (“*salmodien sabiamente*”, Sal 46 [47],8). La reverencia ante Dios abre el espíritu y el corazón a la plenitud del amor divino. “*Sapere*” significa “gustar”, “saborear” y aquí por consiguiente, ser partícipes del

⁸ Tomado de I. HERWEGEN, *Sentido e espíritu da Regra de São Bento*, Rio de Janeiro, Lumen Christi, 1953, pp. 183-187 (“*Monastica*” 4). Trad. del original: *Sinn und Geist der Benediktinerregel*, Einsiedeln – Köln, Verlagsanstalt Benziger, 1944, pp. 180-185.

⁹ Cf. L. KITSCHOLT, *Die Frühchristliche Basilika als Darstellung des himmlischen Jerusalem*, München, Neuer Filser-Verlag, 1938, pp. 9 ss. (Münchener Beiträge zur Kunstgesch. Bd. 3).

encanto de la abundancia de Dios. Salmodiar es canto, júbilo, alegría, alabanza de la magnificencia divina: “*Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*”. Sabiduría es la luz de Dios en nosotros, inspiración del Espíritu Santo. Por consiguiente el canto de los salmos es una plegaria (2) pneumática¹⁰, profética, por la cual la Esposa de Cristo se eleva sobre toda pesadez y sujeción terrenos. Esencialmente el *Opus Dei* es expresión de santo entusiasmo, una realización de la celestial unión con Dios. De aquí el “*in conspectu angelorum psallam tibi*” (*Sal 137 [138],2*). Unidos a los coros angélicos, desprendidos de todo lo terreno, cantamos a Dios, nuestros cánticos de alabanza. De la confesión de fe resulta la alabanza divina, como el “Santo, Santo, Santo” de los coros angélicos surge de la visión de Dios por los espíritus bienaventurados. El canto de los salmos es, por tanto, la más elevada expresión de la *biós angelikós* (vida angélica), que llevan los monjes, haciéndose cargo, en cuanto es posible al hombre mortal, de la alabanza de los ángeles: “*cum quibus et nostras voces ut admitti iubeas, deprecamur*” (con quienes te suplicamos que recibas nuestras voces).

El servicio de Dios *in timore*, la interna transformación del monje por el *sapere Deus* y su ingreso en el coro de los ángeles que cantan las alabanzas divinas, son los tres grados por los cuales el coro de los monjes se eleva a Dios por la anticipación a su celestial adoración ya en este mundo.

El coro de los monjes es asociado al coro de los ángeles. Se trata aquí de algo más que de una simple unión intencional, ideológica de dos mundos. El monje vive ya según su ser pneumático en “otro Aion”. Así como toda la liturgia lleva en sí la inmutabilidad de la eternidad y está por encima de todos los acontecimientos del mundo, así como ella canta su *Alleluia* triunfante en medio de las dolorosas confusiones y angustias de este tiempo, así también los monjes, portadores de una vida semejante a la de los ángeles, están en viva comunión con los coros glorificantes de los Santos¹¹. Los monjes están “en presencia de la Divinidad y de sus Ángeles”; es ésta una imagen heredada del monacato oriental, que de nuevo va más allá de una presencia de Dios puramente ideológica y que prueba el carácter de misterio del servicio divino. Ya la palabra musitada: “*Divinitas*” tiene un sonido griego. En toda la Sagrada Escritura sólo aparece dos veces en el texto original (*Rm 1,20; Col 2,9*), en textos que en primer término se dirigen a comunidades de lengua griega¹². En los tiempos de san Benito el arte bizantino ya representa en Ravenna y en otras partes de Italia al *Kyrios* sentado en el trono, y rodeado de ángeles con noble majestad. De esta forma debía presentarse a su contemplación en el oficio divino la presencia del Señor omnipotente con sus ángeles, es decir, con toda su celeste Majestad. Precisamente las imágenes de Ravenna, en particular las procesiones de ofrendas y de homenaje de los santos Confesores y Santas Vírgenes en San Apolinario, como también los mosaicos del ábside de San Vital, quieren representar la escena celestial que se realiza abajo, misteriosamente, entre los fieles.

¹⁰ Para el concepto de profético, véase E. FASCHER, *Prophetes*, Giesen 1927. Para la relación entre Plegaria profética y servicio divino de una comunidad cf. F. HEILER, *Das Gebet*, München, Reinhardt 1927, pp. 421 ss.

¹¹ Cf. G. KOEPGEN, *Die Gnosis des Christentums*, Salzburg, Müller, 1939, p. 176. La fórmula: Los hombres rezan salmos, los monjes cantan himnos, etc., no es exacta. Precisamente a los monjes se aplica el “*psallere*” como misión peculiar. Semejante distinción entre salmos e himnos apenas parece admisible. Empero debe hacerse resaltar la idea aquí expuesta: “El coro monástico simboliza la comunidad de los Santos; no es el particular quién reza por sí; sólo la Comunidad puede entonar el himno (en el sentido de divina alabanza)”. Véase también E. PETERSON, *Das Buch von den Engeln*, Leipzig, Hegner, 1935, pp. 60 ss. (trad.: *El libro de los ángeles*, Madrid, Rialp, 1957 [Patmos. Libros de Espiritualidad, 71]).

¹² Cuán conscientes eran de esto los Padres de la Iglesia, lo manifiesta una advertencia de san AGUSTÍN (*La Ciudad de Dios*, VII,1; CSEL 40,1, ed. E. Hoffman [1899], p. 300: “Hanc divinitatem vel, ut sic dixerim deitatem, nam et hoc verbo uti iam nostros non piget, ut de Graeco expressius transferant quod illi *theóteta* appellant” [... Esta divinidad, o, por decirlo así, deidad, pues ya nuestros escritores no recelan el uso de esta palabra para traducir con más exactitud lo que ellos llaman *theóteta*”...]).

El *conspectus Divinitatis* es una *divina praesentia* especialmente rica en gracia que proviene de Dios. Ella encumbra a la casi angélica comunidad monástica hasta el coro de los ángeles que salmodian. La unión con Dios que así se logra tiene un carácter casi sacramental¹³. Esto se confirma por la profunda significación de las palabras finales de nuestro capítulo, como lo ha expuesto Victor Warnach¹⁴: “Salmodiemos, pues, de tal modo que nuestra mente, concuerde con nuestros labios”. “*Mens*” es el espíritu del hombre formado según el prototipo del *Logos*, la parte de nuestro ser transportada al cielo. “*Vox*” es, bajo este aspecto, no sólo nuestra voz prestada al espíritu, el resonar de nuestro espíritu en la tierra: “*vox*” es, en primer término, la palabra santa pronunciada en el servicio de Dios, como símbolo y manifestación del *Logos* divino. La *mens* ha de asimilarse a esta *vox*. Nuestro espíritu debe meditar las ideas inagotables que Dios ha puesto por su santo *Pneuma* en las palabras de los salmos, himnos y lecciones. Poco importa a san Benito la atención psicológica o la inteligencia filológica de los Sagrados Textos; mucho más le interesa que “el hombre interior”, (*mens*) se fusione con la palabra divina (“*concordet*”), y venga a ser un corazón con ella. La *vox* como “actualización” del *Logos* eterno resulta algo así como el arquetipo de toda vida y ser cristianos, Cristo mismo, el cual debe tomar forma en nosotros (*Ga* 4,19). El profundo sentido de la sentencia no está, por consiguiente en la adaptación a nuestra voz, ni tampoco solamente en el canto atento y lleno de comprensión de los salmos, aunque esto se considere, sin duda alguna, como condición necesaria, sino en la viva unión de nuestro ser interno pneumático con el *Logos*, que “se manifiesta” en la palabra sagrada. La verdadera alabanza de Dios no debe ser obra solamente de nuestra voz, sino en su más profundo sentido un servicio de nuestro ser interior redimido por la gracia de Cristo.

Cuando san Benito indica a los monjes que salmodien “*in conspectu Divinitatis et angelorum eius*”, exige de ellos el grado máximo de vida interior. Para su realización Dios, les da a su vez el Santo *Pneuma*. Sin esta fuerza vivificante de Dios, nuestro *Opus Dei* sería vana obra humana. Por el *Pneuma* divino el ser del monje es igualado al ser pneumático del ángel, cumpliendo ya en el seno de la Iglesia peregrinante la sublime alabanza que la iglesia triunfante tributa en el cielo. Todo lo que hace la Iglesia, por consiguiente también su alabanza, tiene algo de nupcial: “*cantare amantis est*” y por tanto algo de anhelo y de expectación, que sólo puede ser satisfecho por el esposo, el *Kyrios*. También este es el sentido del “*adoratio in spiritu (Pneuma) et veritate (logos)*” (*Jn* 4,23) es decir que los verdaderos adoradores están llenos (*mens*) del *Pneuma* de Dios, para anunciar con su voz (*vox*) el *Logos* divino, puesto que le prestan a la Esposa. Así en este corto capítulo ha intentado san Benito expresar lo más profundo, aquello que constituye el alma del *Opus Dei*. Es el encuentro de Dios y de la comunidad monástica en la palabra divina sobre los labios de la Iglesia, un canto oracional de la Comunidad que está en íntima relación con “la acción de gracias” sacramental. Así como la *Eucharistia* es nuestra participación en el

¹³ Esto lo dijeron ya autores de la Edad Media, como Ruperto de Deutz: “altissimarum signa sunt rerum et maxima quoque continent coelestium sacramenta secretorum” [“son signos de cosas altísimas y sobre todo contienen también los misterios de los secretos celestiales”] (Prólogo para *De Divinis Officiis*, PL 170,11). Cf. St. HILPISCH, *Chorgebet und Frömmigkeit im Spätmittelalter (Heilige Ueberlieferung)*, pp. 263-284).

¹⁴ V. WARNACH, *Mens concordet voci. Zur lehre des heiligen Benedikt über die geistige Haltung beim Chorgebet nach den 19 Kapitel seiner Klosterregel, Liturgisches Leben* 5 (1938), pp. 89-110 (Ehrengabe für I. Herweg). Un pasaje apropiado lo ofrece Nicetas de Remesiana (*De utilitate Hymnorum* 13, ed. C. H. Tuner, *Journal of Theological Studies* 24 [1923], pp. 225-252); otra edición, pero defectuosa: PL 68,374 A; La edición de G. Morin, *Revue Bénédictine* 14 (1897), pp. 390 ss., no tiene este fragmento siguiendo su código: “ut psalmus sc. non solum spiritu, hoc est sono vocis, sed et mente dicatur, et ipsum quod psallimus cogitemus, nec captiva mens extraneis cogitationibus (ut saepe fit) laborem habeat infructuosum” (“para que no se digan los salmos sólo con las palabras, esto es con el sonido de la voz, sino con la mente, y que lo mismo que salmodiemos lo meditemos, no sea que cautivada la mente con extraños pensamientos -como sucede a menudo- el trabajo resulte infructuoso”).

sacrificio de Cristo y por ende en la caridad (el ágape) del *Kyrios*, parecidamente el *Opus Dei* como Doxología es la devolución a Dios mismo, en unión con los Santos Ángeles, de la *Doxa* divina dada a nosotros por el *Pneuma*. Al ser considerado de esta manera el *Opus Dei* participa en el Misterio de la unión sacramental con Dios. Es una semejanza del cielo, lugar de imperecedera unión con Dios y de alabanza sin fin: “*ibi vacabimus et videbimus, videbinus et amabimus, amabimus et laudabimus. Ecce quod erit fine sine fine*”, (en el *Opus Dei* “descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí que esto será el fin sin fin”¹⁵).

¹⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios*, XXII,30 (CSEL 40,2, ed. E. Hoffmann [1900], p. 670).

Capítulo 20: La reverencia en la oración

25(26) feb., 27 jun., 27 oct.

¹Si cuando queremos sugerir algo a hombres poderosos, no osamos hacerlo sino con humildad y reverencia, ²con cuánta mayor razón se ha de suplicar al Señor Dios de todas las cosas con toda humildad y pura devoción.

³Y sepamos que seremos escuchados, no por hablar mucho, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas. ⁴Por eso la oración debe ser breve y pura, a no ser que se prolongue por un afecto inspirado por la gracia divina. ⁵Pero en comunidad abréviese la oración en lo posible, y cuando el superior dé la señal, levántense todos juntos.

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

RB 20,2:

Evagrio Póntico (Tratado sobre la oración, 7 y 8)

“Aunque derrames torrentes de lágrimas en tu oración, no por eso te engrías como si fueras más que los demás. Simplemente tu oración ha recibido una ayuda para que puedas confesar generosamente tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas”.

“No conviertas, por tanto, en pasión el antídoto de las pasiones, no sea que irrites más al que te da la gracia. Muchos que lloraban sus pecados se olvidaron de la finalidad de las lágrimas y se extraviaron enloquecidos”.

Apotegmas (Vitae Patrum, V,12,10)

«Preguntaron unos al abad Macario: “¿Cómo debemos orar?”. Y él les dijo: “No es preciso hablar mucho en la oración, sino levantar con frecuencia las manos y decir: ‘Señor, ten piedad de mí, como tú quieres y tú sabes’. Si tu alma se ve atribulada di: ‘¡Ayúdame!’. Y como Dios sabe lo que nos conviene, se compadece de nosotros”».

RB 20,3-4:

Juan Crisóstomo (Comentarios a los Salmos, 4,1-3,2)

«Cuando te invoqué me escuchaste, Dios de mi justicia (Sal 4,2).

1.1. El Profeta no dice esto simplemente para que nos demos cuenta de que él mismo fue escuchado, sino para que aprendamos que, cuando invocamos a Dios, también nosotros podemos ser escuchados al momento e incluso ver cumplido lo que pedimos, antes de terminar la súplica. Pues no dice: “Después de invocarte, tú me escuchaste”, sino: “Cuando te invoqué”. Y esta promesa es de Dios mismo, pues en otro lugar afirma a quien le llama: “Cuando me invoques diré: aquí estoy” (*Is 58,9*). Las muchas palabras

no suelen convencer a Dios, sino un alma pura y la prueba de buenas obras. A los que viven impíamente y piensan que agradan a Dios con sus prolijos discursos, les responde: “Aun cuando multipliquen la súplica, no los escucharé; aunque extiendan sus manos [hacia mí], yo apartaré mis ojos de ustedes” (*Is 1,15*).

1.2. Así, por tanto, ante todo conviene que el que ruega tenga confianza, y conseguirá por completo lo que pide. Por eso tampoco dice el Profeta: “Me has escuchado”, sino: [escuchaste] mi justicia, mostrando con ello su confianza en Dios y cómo se ha dirigido siempre a Él. Pero que nadie piense que dice estas cosas para jactarse. No las dice para engreírse, sino para presentar una determinada enseñanza y una advertencia general muy provechosa. Además, para que nadie diga: “Éste ha sido escuchado porque era David, mas yo no seré escuchado porque soy insignificante y vulgar”, hace ver que [Dios] no escucha de cualquier manera, ni te atiende a la ligera ni como por casualidad, puesto que es un espectador atento de todas las obras y en cualquier lugar. Si tienes en cuenta estas cosas, ellas serán tu protección y serás escuchado por completo. De lo contrario, aunque fueras el mismo David, no podrías agradar a Dios. Lo mismo que los avaros no ven la estima, ni el mérito, ni ninguna otra cosa, sino sólo la obtención de aquello que es provechoso para ellos, así también Dios, que ama la justicia, no hará volver de vacío a quien con ella se le acerca; mas quien carece de ella y ofende al que tiene delante, aunque llame a Dios innumerables veces, no obtendrá nada en absoluto, porque carece de la facultad de persuadirlo. Así pues, si quieres conseguir algo de Dios, trata de obtener esa facultad de persuasión.

1.3. No pienses que aquí la justicia es una determinada virtud, sino la plenitud y totalidad de las virtudes. Así también era el justo Job que poseía todas las virtudes humanas, y no por ello se libró del maligno y de ser esclavo suyo. Lo mismo que nosotros llamamos justa a la balanza que es exacta en todas las circunstancias, no sólo cuando posee la facultad de pesar oro, sino también plomo, porque es equitativa con cualquier materia, lo mismo que una medida es justa si de forma invariable siempre mide igual. Así también era el justo Job: equitativo en todo. Y no sólo conservaba esta equidad en la fortuna, sino también en todas las demás circunstancias, de manera que nunca excedía la medida. Nadie podía decir que prefería la rectitud en la riqueza, ni siquiera perdía la medida en la conversación con sus vecinos, como quien es soberbio y arrogante. En efecto, también en esto huía de todo exceso. Por eso decía: “Si he menospreciado el derecho de mi siervo o de mi esclava cuando litigaban contra mí..., sin embargo yo no me he comportado como ellos” (*Jb 31,13. 15*). Porque también el ser soberbio y arrogante constituye una gran injusticia.

2.1. Lo mismo que llamamos avaro a quien desea apoderarse de las cosas ajenas y no está contento con lo que tiene, así también llamamos a uno orgulloso cuando exige para sí mismo algo más de lo debido al prójimo, cuando alguien se atribuye a sí mismo todo el honor, despreciando a los demás. Este, y no otra cosa, es el origen de la injusticia. Fíjate, pues, que esto es la injusticia. También Dios os ha hecho a ti y a él, y os ha concedido, a ti como a él, todas las cosas en común. Entonces, ¿por qué lo desprecias y le despojas de la honra que Dios le ha dado, no admites su compañía, sino que te apoderas de lo que es suyo y lo empobreces no sólo de riqueza, sino también del honor? Dios os otorgó a ambos la misma naturaleza; os hizo merecedores de igual dignidad. En efecto, aquel “hagamos al hombre” (*Gn 1,26*) es común a todo el género humano. ¿Cómo, pues, le despojas su patrimonio, relegándole a la humillación más grande y te apoderas de lo que es de ambos? No actúa así el bienaventurado Profeta; por eso dijo abiertamente: “Escuchaste mi justicia”.

2.2. ¿No habla así también Pablo muchas veces en sus escritos, no para enorgullecerse ni jactarse, sino para servir de modelo a los demás? Por ejemplo, cuando decía: “Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo en continencia” (*1 Co 7,7*). También

David, cuando las circunstancias lo exigían, saca a relucir su propia hombría, obtenida por voluntad divina, y afirma que él había ahogado osos y estrangulado leones (cf. *1 S* 17,36-37); pero no lo dice como quien se ensalza a sí mismo. ¡Nada de eso!, sino que con ello inspira confianza.

2.3. “Y si yo tengo justicia -puede preguntar alguien-, ¿qué necesidad hay de oración, cuando uno actúa recta mente en todo y el [Dios] que pedimos conoce ya lo que necesitamos?”. Pues [responderemos] que la oración es un lazo no pequeño de amor a Dios que nos lleva a la intimidad con Él, nos habitúa a hablar coloquialmente con Él y nos conduce a la sabiduría. En efecto, si uno trata frecuentemente con un hombre admirable y recibe de su compañía abundantes frutos, mucho más si tiene un trato continuo con Dios. Ahora bien, no llegamos a conocer perfectamente las ventajas de la oración, porque ni nos aplicamos a ella con empeño, ni nos servimos de ella conforme a las leyes de Dios. Sin duda, cuando queremos conseguir algo de personas que están por encima de nosotros, cuidamos convenientemente la figura, el porte, el vestido y nos arreglamos todo lo demás para así dirigirnos a ellos. Pero cuando nos acercamos a Dios bostezamos, nos movemos, miramos a todos lados, y permanecemos indiferentes; una vez dobladas las rodillas en tierra, vagamos con la imaginación por la plaza. En cambio, si nos disponemos a hablar con Dios con la debida reverencia y nos acercamos a Él de esa manera, entonces conoceremos, incluso antes de recibir lo que pedimos, el gran provecho que obtendremos.

2.4. En verdad, el hombre que ha sido instruido para hablar con Dios y sabe dialogar con Él, será para siempre un ángel; de esta manera, el alma se desliga de las cadenas del cuerpo, el pensamiento se torna a las alturas con Él, se eleva al cielo, y de este modo desprecia las cosas de aquí abajo; así se presenta ante el trono real, aunque sea pobre, esclavo, rudo e ignorante. Dios no busca elegancia de lenguaje ni armonía en los discursos, sino la belleza del alma; y si ésta le habla de las cosas que le agradan, regresa habiendo obtenido todo. ¿Ves cuánta facilidad? Entre los hombres es necesario que exista el encantador y el retórico, que adule a todos los que están a su alrededor y se imagine otras muchas cosas, de modo que consiga halagar, Pero aquí no se precisa nada de eso; basta el pensamiento atento, y nada le impedirá estar cerca de Dios. “Pues soy un Dios que está cerca y no un Dios lejano” (*Jr* 23,23). De esta manera, lo que está en la lejanía se encuentra junto a nosotros; ciertamente, Él siempre está cerca. ¿Por qué digo que no necesitamos de la retórica? Porque muchas veces no necesitamos ni de la voz. En efecto, si le hablas en el corazón y le invocas como conviene, entonces fácilmente te hará una señal. Así escuchó a Moisés (cf. *Ex* 14,15) y también a Ana (cf. *1 S* 1,27). El soldado que huye no sirve, ni tampoco el lancero que pierde la oportunidad. No es posible que [Dios] diga: “Ahora no puedo atenderte, ven más tarde”, sino que, cuando te acerques, Él está ya de pie para escucharte, aunque sea a la hora de la comida, de la cena, o en un momento inoportuno; y tanto estés en la plaza, de camino, en la cama o incluso en un juicio, como cuando estés en un tribunal delante del magistrado; si lo invocas, nada impedirá que escuche tu súplica, si lo has llamado como conviene.

2.5. Por tanto, no puedes decir: “Temo ir a rezar, pues tengo delante a mi enemigo”; ni siquiera esto es un obstáculo, porque ni atiende a tu enemigo ni interrumpe tu súplica, sino que siempre y continuamente puedes dirigirte a Él sin ninguna dificultad; tampoco será necesario que haya porteros que te introduzcan, ni administradores, procuradores, vigilantes o amigos, sino que cuando tú mismo te acerques a Él, entonces te escuchará de la mejor manera; precisamente entonces, cuando a ningún otro hayas suplicado el favor.

3.1. En efecto, cuando recemos, no supliquemos [a Dios] a través de otros, sino mediante nosotros mismos. Ciertamente, [Dios] anhela nuestra amistad y lo hace todo

de manera que confiemos en Él; cuando vea que hacemos eso por nosotros mismos, entonces nos atenderá de forma especial. Así actuó con la Cananea; cuando Pedro y Santiago intercedieron por ella¹⁶ no obtuvo señal alguna; pero cuando pidió ella misma, rápidamente recibió lo solicitado. Y si en un primer momento parecía que era desatendida [por Jesús], no fue porque despreciara a la mujer, sino que lo hizo para que fuese más beneficiada y creciera más en confianza con él (cf. *Mt* 15,22-28; *Mc* 7,25-30). Preocupémonos nosotros igualmente de tratar a Dios; aprendamos cómo hay que hacer la petición. No es necesario acudir a clases especiales (lit.: *museo*: lugar destinado a adquirir conocimientos), ni dilapidar las riquezas, ni contratar pedagogos, oradores o sabios, ni gastar mucho tiempo, para aprender este arte de hablar; por el contrario, basta tan sólo que lo desees y conseguirás esta ciencia. Y en este tribunal puedes hablar no sólo en favor tuyo sino también en favor de otros muchos.

3.2. ¿Que cuál es el objeto de este arte judicial? El modo de rezar. Una mente sobria, un alma contrita, un acercarse a Él con una fuente de lágrimas, no pedir nada mundano, anhelar los bienes futuros, hacer la súplica de bienes espirituales, no imprecator contra los enemigos, no guardar rencor de nadie, desalojar del alma todo lo que perturbe, alejar igualmente lo que desaliente al corazón, reprimirse, practicar toda benignidad, emplear la lengua para hablar bien, no detenerse en nada malo, no tener nada en común con el enemigo universal de la tierra, con el diablo, quiero decir. A uno que habla con el rey en favor de otros y a la vez dialoga con sus enemigos, incluso las leyes de los extraños lo censuran. También, tú, si quieres hablar tanto en favor tuyo como en el de otros, ten en cuenta especialmente estas cosas, para que no tengas nada en común con el enemigo universal de todos. Así serás justo; y siendo justo, serás escuchado, pues posees todo eso que habla en tu favor».

RB 20,3:

Orígenes (Tratado sobre la oración, 21,1-2)

«En la oración no amontonemos “palabras vacías”, tratamos de verdades divinas. Son vacías nuestras palabras cuando no queremos examinar las propias faltas ni consideramos la insensatez de la palabrería en la oración: palabras, hechos impuros, pensamientos y cosas impropias, reprochables, ajenas a la pureza del Señor. Así el que acumula palabras vanas se halla en peor condición que la sinagoga..., y en camino más peligroso que quienes se ponen en las encrucijadas de las calles, puesto que no tienen ni siquiera aparentes huellas de virtud. A juzgar por los textos del Evangelio, los “paganos” hablan cosas vanas porque no tienen idea de la oración elevada y celestial; la que ellos hacen versa sobre cosas materiales y externas. Quienes pidiendo lo terreno se dirigen a lo más alto de los cielos se asemejan a los paganos que acumulan frases vacías.

Lo mismo da decir muchas palabras que “acumular palabras vacías”. Lo material y corporal no forma verdadera su unidad, realmente está dividido, se descompone, pierde su unidad. La virtud es una, los vicios son múltiples; una verdad, muchas las mentiras; la verdadera justicia es una, sus falsificaciones son muchas; es una sabiduría de Dios, pero muchas son las “sabidurías de este mundo, que se van debilitando” (*1 Co* 2,6). La palabra de Dios es una pero son muchas las palabras ajenas a Él. Por lo cual, no está exento de pecado el que mucho habla, y no se escucha al que piensa serlo por decir muchas palabras (*Pr* 10,19 ; *Mt* 6,6).

¹⁶ Posiblemente se trate de un *lapsus* del Crisóstomo, ya que el Evangelio no menciona en este pasaje ni a Pedro ni a Santiago.

Por consiguiente, no oremos como los paganos que amontonan frases vacías y no hacen nada. “Tienen veneno como las serpientes” (*Sal* 58 [59],5). Porque el Dios de los santos, por ser su Padre, sabe lo que necesitan sus hijos (*Mt* 6,8), pues son cosas dignas de que el Padre las conozca. Y si alguno desconoce a Dios y las cosas divinas no sabe lo que necesita. Está completamente equivocado imaginándose que necesitan otras cosas. Quien piense que necesita mejor y más divino, lo que Dios aprueba, lo recibirá de Dios Padre, que lo sabe antes de que lo pidan».

Gregorio de Nisa (Vida de Moisés, II,118)

«... Hay muchos constituidos en autoridad espiritual que se preocupan únicamente de que todo marche bien externamente. Nada les importa lo interior que sólo Dios ve. No fue así Moisés. Mientras se dirigía a los israelitas infundiéndoles ánimo, aun cuando externamente no hablase con Dios, lo invocaba con “gritos” (*Ex* 14,5), como testimonia el mismo Dios. La Escritura nos enseña, a mi entender, que es palabra grata a Dios y llega a sus oídos no el clamor producido por los órganos de la voz sino la oración que sube de un corazón puro (cf. *1 Tm* 1,5)».

Evagrio Póntico (Tratado sobre la oración, 78)

“Si piensas que no te hace falta llorar tus pecados en la oración, considera cuánto te has alejado de Dios, debiendo haber permanecido siempre en Él. Entonces llorarás con más ardor”.

Agustín de Hipona (Enarraciones sobre los Salmos, 3,4; BAC 235 [1964], p. 16)

«“Con mi voz llamé al Señor” (*Sal* 3,5); es decir, no con la voz corporal, que se propaga con el estrépito del aire herido, sino con la voz del corazón, que no se oye por los hombres, pero que suena a clamor para Dios. Con esta voz fue oída Susana (cf. *Dn* 13,44), y con la misma mandó el Señor que se orase sin ruido en aposentos cerrados (cf. *Mt* 6,6), es decir, en los secretos del corazón. Sin razón dirá alguno que se ruega en menor escala con esta voz si no se produce sonido verbal, porque también estando callados, cuando oramos en el corazón, si se interponen pensamientos ajenos al afecto del que ora, no puede decirse: “Mi voz clama al Señor”. Únicamente puede decirse esto con razón cuando el alma sola, sin dar acceso a nada carnal ni a cuidados humanos, habla al Señor donde Él solo oye. A esto se llama clamor por el vigor de la misma vehemencia».

Agustín de Hipona

(*Carta a Proba, 130,15. 20*; <http://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/index2.htm>)

«¿Por qué desviar la atención a muchas cosas, preguntando qué hemos de pedir y temiendo no pedir como conviene? Más bien hemos de repetir con el *Salmo*: “Una cosa pedí al Señor, ésta buscaré: que me permita habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para poder contemplar el gozo de Dios y visitar su santo templo” (*Sal* 26 [27],4). En aquella morada no se suman los días que llegan y pasan para componer una totalidad, ni el principio de uno es el fin de otro. Todos se dan simultáneamente y sin fin, puesto que no tiene fin aquella vida a la que pertenecen los días. Para alcanzar esa vida bienaventurada nos enseñó a orar la misma y auténtica Vida bienaventurada; pero no con largo hablar, como si se nos escuchase mejor cuanto más habladores fuéremos, ya que, como el mismo Señor dijo, oramos a aquel que conoce nuestras necesidades antes de que se las expongamos (*Mt* 6,7-8). Aunque el Señor nos haya prohibido el

mucho hablar, puede causar extrañeza el que nos haya exhortado a orar, siendo así que conoce nuestras necesidades antes de que las exponamos. Dijo en efecto: “Es preciso orar siempre y no desfallecer”, aduciendo el ejemplo de cierta viuda: a fuerza de interpelaciones se hizo escuchar por un juez inicuo, que, aunque no se dejaba mover por la justicia o la misericordia, se sintió abrumado por el cansancio (*Lc 18,1-8*). De ahí tomó Jesús pie para advertirnos que el Señor, justo y misericordioso, mientras oramos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza, pues un juez inicuo e impío no pudo resistir la continua súplica de la viuda. También nos pone ante la vista cuan afable y de buen grado llenará los deseos buenos de aquellos que saben perdonar los pecados ajenos, cuando aquella que trató de vengarse llegó al lugar que apetecía. Y aquel a quien le había llegado un amigo de viaje y no tenía nada que poner a la mesa, deseaba que otro amigo le prestase tres panes, en los cuales tres se simboliza quizá la Trinidad en una sola sustancia. El huésped encontró a su amigo ya acostado, con todos los siervos, pero le despertó, llamando con la mayor insistencia y molestia para que le diese los panes deseados. Y tuvo el amigo que dárselos más bien por librarse de la molestia que pensando en la benevolencia (*Lc 11,5-13*). Ese ejemplo nos puso Cristo para que entendamos que, si el que está dormido y es despertado contra su voluntad por un pedigüño se ve obligado a dar, con mayor benignidad nos satisfará el que no puede dormir y hasta nos despierta a nosotros cuando dormimos para que pidamos».

“Se dice que los hermanos de Egipto se ejercitan en oraciones frecuentes, pero muy breves y como lanzadas en un abrir y cerrar de ojos, para que la atención se mantenga vigilante y alerta y no se fatigue ni embote con la prolijidad, porque es tan necesaria para orar. De ese modo nos enseñan que la atención no se ha de forzar cuando no puede sostenerse; pero tampoco se ha de retirar si puede continuar. Alejemos de la oración los largos discursos, pero mantengamos una duradera súplica si persevera ferviente la atención. El mucho hablar es tratar en la oración un asunto necesario con palabras superfluas. En cambio, la súplica sostenida es llamar con una sostenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de aquel a quien oramos. Habitualmente este asunto se realiza más con gemidos que con palabras, más con llanto que con discursos. Dios pone nuestras lágrimas ente sí (cf. *Sal 55 [56],9*) y nuestros gemidos no se le ocultan a él (cf. *Sal 37 [38],10*) que todo lo creó por su Verbo y no necesita del verbo humano”.

Agustín de Hipona

(*Sermón 56,4*; <http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>)

«De entrada, nuestro Señor suprime la palabrería (cf. *Mt 6,7*), para que no presentes a Dios muchas palabras, como si quisieras enseñarle algo con ellas. Por tanto, cuando le elevas tu oración, necesitas afecto filial, no palabrería. “Sabe el Padre de ustedes de qué tienen necesidad antes de que se lo pidan” (*Mt 6,8*). Por tanto, no hablen mucho, dado que él sabe lo que necesitan. Pero para evitar que, llegados aquí, alguien diga: “Si sabe ya lo que necesitamos, ¿no sobran hasta las pocas palabras? ¿Para qué orar? Él sabe lo que necesitamos: que nos lo dé”. Pero él quiso que orases para darte sus dones cuando los desees, a fin de que no te parezca sin valor lo que te haya dado, puesto que es él mismo quien te ha inspirado ese deseo. Así, pues, las palabras que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó en la oración son el modelo de lo que hay que desear. No te es lícito pedir otra cosa distinta de lo que en ella está escrito».

Juan Casiano (Conferencias, 9,3)

«Por consiguiente, para llegar a aquel fervor y pureza que exige la oración, es menester una fidelidad a toda prueba.

Ante todo, hay que suprimir a rajatabla toda solicitud por las cosas temporales. Eliminar en seguida no sólo el cuidado, sino también el recuerdo de asuntos y negocios que nos solicitan. Debemos renunciar asimismo a la detracción, a las palabras vanas, habladurías y chanzas. Atajar todo movimiento de cólera o de tristeza. En fin, tenemos que exterminar radicalmente el foco pernicioso de la concupiscencia y de la avaricia.

Una vez destruidos estos vicios y sus semejantes, que no puede menos de advertir la mirada humana, y tras de habernos empleado en esta purificación del alma que alcanza su cima en la pureza y simplicidad de la inocencia, se impone una labor positiva: debemos cimentarnos, ante todo, en una humildad profunda que sea capaz de sostener la torre que debe introducir su cúspide en los cielos; en seguida es necesario levantar el edificio espiritual de las virtudes; y, finalmente, inhibir nuestra mente de toda divagación, de todo pensamiento lúbrico. Así se irá el alma elevando paulatinamente hasta la contemplación de Dios y de las realidades sobrenaturales.

Porque no es dudoso que todo cuanto ocupa nuestro espíritu antes de la plegaria, la memoria lo evoca, queramos o no, mientras oramos. Conviene, por tanto, prepararnos de antemano para ser luego en la oración lo que deseamos ser. Las disposiciones del alma en la oración dependen, a no dudarlo, del estado que le ha precedido. Nos postramos para la plegaria: al punto se proyectan, idénticos, en la imaginación los actos, las palabras y los sentimientos que la han alimentado con anterioridad. Y según fue su naturaleza, suscitan en nosotros reacciones diversas. Así, unas veces renace la ira o la tristeza; otras, se despiertan nuestras apetencias y deleites; otras, en fin, estallamos en una risotada necia, al recordar -causa vergüenza el decirlo- una palabra o acción, jocosas. Y es que nuestra fantasía, como en un vuelo rápido e incoercible, toma a la divagación fugaz en que antes de la oración había consentido.

Si no queremos ser víctimas, mientras oramos, de ideas ajenas e importunas, es indispensable que antes de la plegaria las desechemos con rotunda decisión. Entonces, si, podremos poner en práctica el precepto de san Pablo: “Oren sin cesa” (1 Ts 5,17). Y: “Oren en todo lugar, levantando las manos puras, sin ira ni discusiones” (1 Tm 2,8). Pero no olvidemos que seremos incapaces de ello si nuestra alma no se purifica antes de todo vicio y no se consagra al ejercicio de la virtud como a su bien propio, para nutrirse de la contemplación del Dios omnipotente».

Apotegmas (Vitae Patrum, V,3,17)

«El abad Hiperequio dijo: “El monje que vela, trabaja día y noche con su oración continua. El monje que golpea su corazón hace brotar de él lágrimas y rápidamente alcanza la misericordia de Dios”».

Apotegmas (Recensión de Martín de Dumio, 30)

«Preguntó un hermano a un anciano: “¿Por qué se deleita el alma en las pasiones?”. Respondió el anciano: “El alma se delita en las pasiones, pero el espíritu de Dios es el que contiene el alma. Debemos, por tanto, llorar, y esperar que lo malo que hay en nosotros, por nuestra súplica a Dios, que lo puede todo, arranque de nosotros la mala semilla. María, inclinándose sobre el sepulcro, lloró y en seguida se le apareció el Señor. Así sucede al alma que ama las lágrimas”».

RB 20,4:

Juan Casiano (Conferencias, 9,29 y 36)

«Las lágrimas no son siempre fruto de un mismo sentimiento, ni son algo privativo de una sola virtud. A veces brotan de los ojos cuando el recuerdo de nuestros pecados, como una espina lacerante, hiere el corazón. De estas lágrimas se ha dicho: “Consumido estoy a fuerza de gemir; todas las noches inundo mi lecho, y con mis lágrimas humedezco mi estrado” (*Sal* 6,7). Y también: “Derrama día y noche lágrimas a torrentes; ino te des reposo, no descansen las pupilas de tus ojos!” (*Lm* 2,18). Algunas son efecto de la contemplación de los bienes eternos y del deseo de sublimación que nos mueve a desear la posesión de la gloria celestial. Entonces es cuando manan con más abundancia, merced a la dicha inefable y a la alegría sin límites que experimentamos. Nuestra alma siente una sed devoradora cuanto insaciable del Dios vivo, y le hace exclamar: “¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? Mis lágrimas son día y noche mi pan” (*Sal* 41 [42],3-4). Y prorrumpe día tras día entre gemidos: “¡Ay de mí!, que se ha prolongado mi destierro; mucho anduvo mi alma en el exilio” (*Sal* 119 [120],5-6).

En ocasiones, aunque nuestra conciencia no se reprocha falta alguna mortal, sin embargo, el temor del infierno y el pensamiento del juicio provocan en nosotros lágrimas de compunción. Lleno de este sentimiento de terror, el Profeta dirige a Dios esta plegaria: “No entres en juicio con tu siervo, pues ante ti no hay nadie justo” (*Sal* 142 [143],2).

Hay todavía otro género de lágrimas. Son las que fluyen espontáneas, no por los pecados propios, sino por la malicia y dureza de los ajenos. Así Samuel llorando sobre Saúl. Así el Señor en el Evangelio al llorar sobre Jerusalén. Y retrocediendo a épocas anteriores, vemos a Jeremías, de quien son estas palabras: “¡Quién me diera que mi cabeza se hiciera agua, y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!” (*Jr* 9,1). Fruto del mismo pesar son las lágrimas de que se habla en el salmo ciento uno: “Como el pan cual si comiera cenizas, y mi bebida se mezcla con lágrimas” (*Sal* 101 [102],10).

Consecuencia de un sentimiento diametralmente opuesto son las que hacen estallar en gemidos, en el salmo sexto, al Salmista penitente. Tales son las lágrimas del justo oprimido bajo el peso de las congojas y aflicciones de este mundo. Lo cual queda de manifiesto no únicamente en el texto, sino, incluso, en el mismo título del salmo, que dice: “Oración de un pobre afligido que eleva a Dios sus plegarias” (*Sal* 101 [102],1). A este pobre alude el Evangelio cuando afirma: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (*Mt* 5,3)».

“Debemos orar con frecuencia, pero con brevedad. Porque prolongando la oración corremos el peligro de que el enemigo, que nos espía de continuo, introduzca en nuestra mente alguna distracción...”.

Regla del Maestro

«Capítulo 48: Pregunta de los discípulos: Sobre la reverencia en la oración. El Señor responde por el maestro:

¹Si a los hombres carnales cuando se les suplica, no se lo hace sino con humildad, ²cuánto más conviene que, a causa de nuestros pecados y crímenes, roguemos a Cristo suplicando con todas nuestras fuerzas. ³Por tanto, en la oración no debe haber ninguna doblez. ⁴Que no se encuentre una (persona) en la boca y otra en el corazón¹⁷. ⁵La

¹⁷ Versículos 3-4: cf. Cipriano, *Sobre la oración* 31.

oración no se debe extender con muchas palabras, así lo hacen los hipócritas, como dice el santo evangelio (Mt 6,5-7; 23,14).

⁶Nada de toses frecuentes, de asiduas expectoraciones, de jadeos constantes, porque todo esto lo suscita el diablo para impedir las oraciones y los salmos. ⁷Pero también habrá que cuidarse en las oraciones, como lo dijimos más arriba¹⁸, para que el que ora, si quiere salivar o expeler las inmundicias de la nariz, no las arroje hacia delante sino hacia atrás, a causa los ángeles que están delante, ⁸como lo muestra el profeta diciendo: “*Salmodiaré para ti en presencia de los ángeles y (te) adoraré en tu templo santo*” (Sal 137 [138],1-2). ⁹Por tanto, ves que se nos muestra¹⁹ orando y salmodiando ante los ángeles.

¹⁰Pero también dijimos que la oración ha de ser breve, no sea que prolongando la oración se provoque el sueño²⁰, ¹¹o que, tal vez, al permanecer mucho tiempo tendidos, el diablo les presente ante sus ojos diversas (representaciones) o les introduzca (alguna) otra cosa en el corazón²¹. ¹²Por tanto, es necesario orar con temor suplicante, de modo que el que ora, se vea *teniendo los pies* (cf. Mt 28,9) de Cristo presente²². ¹³Y debemos orar con tanto temor, que sepamos que hablamos con Dios. ¹⁴Por tanto, debemos orar con toda (nuestra) inteligencia, como dice el apóstol: “*Oraré al mismo tiempo con la inteligencia y con el espíritu*” (1 Co 14,15)».

Comentario del P. Adalbert de Vogüé (+), osb, al capítulo 20²³

En la *Regla del Maestro*, recordémoslo, “la oración” de la que habla este capítulo es la oración silenciosa que sigue a casa *Salmo* del oficio. ¿Es lo mismo para san Benito? Al leer el fiel resumen que hace del inicio del Maestro (RB 1-4^a), se podría pensar así. Pero las dos puntualizaciones que añade (RB 4b-5) muestran que piensa más ampliamente en toda oración, ya sea que tenga lugar en el oficio o fuera de este, en comunidad o en privado.

Por lo demás, no es seguro que la oración en comunidad para terminar sea, como en la otra *Regla*, la oración que se hace después de cada *Salmo*. Puede ser que se trate de una oración que concluya el oficio, como aquella de la que se habla en un episodio de su vida (*Diálogos* II,4). De la existencia de oraciones “postsálmicas” no se encuentra en su *Regla* ningún índice decisivo. No puede ser afirmada ni excluida.

Presente o no en el oficio benedictino, la oración después del *Salmo* era en todo caso un elemento capital del *Opus Dei*, tal como se lo concebía por doquier y lo vivían las primeras generaciones de monjes. Para los antiguos, la salmodia era menos una oración que una invitación a orar. Después de haber escuchado hablar a Dios en el *Salmo*, se le respondía en la oración. Salmodia y oración eran los dos tiempos de un diálogo que proseguía fuera de los oficios bajo otras formas: lectura y oración, meditación de la Escritura y oración, de modo que la vida entera del monje se unificaba en ese ritmo incesante de escucha y respuesta, de audición de la palabra divina y de oración.

¹⁸ RM 47,22-23.

¹⁹ O: representa (*ostendimur*).

²⁰ Cf. Casiano, *Instituciones* 2,7,2-3.

²¹ Versículos 6-11: cf. Casiano, *Instituciones* 2,10. Y para el v. 11: cf. *Historia monachorum* 29.

²² Cf. Jerónimo, *Epístola* 39,5-6.

²³ *Ce que dit saint Benoît. Une lecture de la Règle*, Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1991, pp. 132-134 (Collection Vie monastique, n. 25).

Calcada sobre la del Maestro, la primera frase de Benito despliega un razonamiento que se encuentra también en Basilio, Casiano y muchos otros. Esta analogía clásica presenta a Dios como el “Señor Dios del universo” (*Est* 13,11), a quien uno no se dirige sino con un respeto indecible. A “la humildad” de que habla el Maestro, Benito añade “la pureza” y “la devoción”, palabra que significa, aquí como precedentemente (RB 17,24), no la piedad sentimental que evoca actualmente, sino la entrega de todo el ser a Dios.

En contraste con la abundancia de palabras, reprobada por el Evangelio (*Mt* 6,7), “la pureza” aparece en la frase siguiente. Esta “pureza de corazón” (*Mt* 5,8), como “las lágrimas de compunción” que la acompañan, es todavía una expresión propia de Benito. Ausentes de la *Regla del Maestro*, tales expresiones hacen pensar en Casiano, de quien Benito asimila la enseñanza sobre la oración. Bajo la misma influencia, todavía añade, en la frase siguiente, “pura y breve”, siendo ésta última la única palabra que se encuentra en el Maestro. Este triple llamado a la pureza es impresionante. Denota un pensamiento firme y una convicción profunda: Dios quiere de nosotros una oración pura, que brote de un corazón puro. Vemos adónde tendía la conclusión del gran capítulo sobre la humildad, cuando el Maestro y Benito anhelaban ver al monje “purificado de sus vicios y de sus pecados”.

Junto con la pureza de corazón, Benito pide las lágrimas de compunción. Las lágrimas aparecen en todas sus descripciones de la oración, ya sea en los instrumentos de las buenas obras (RB 4,57) o en los capítulos de la Cuaresma y del oratorio (RB 49,4; 52,4). Allí también se siente una doctrina bien definida, nacida de la experiencia y de la lectura: Benito, según su biógrafo, lloraba habitualmente cuando rezaba (*Diálogos* II,17,1). Las lágrimas, en efecto, son el signo de un corazón tocado, y esto lo que significa justamente la palabra “compunción”, empleada aquí y en el capítulo de la Cuaresma. La oración con lágrimas alcanza a Dios, porque procede de un corazón tocado por la palabra de Dios.

Esta compunción experimentada por el orante tiene como primera causa la conciencia de ser pecador, el dolor por la salvación perdida. Explícitamente en el Maestro, implícitamente en Benito, es “por nuestros pecados” que suplicamos ante todo. Pero hay una compunción más elevada que procede del deseo de los bienes eternos. Ella también hace llorar, no de dolor por la salvación perdida, sino de alegría por la salvación reencontrada. Antes que Benito, Casiano la describió (*Conferencias* 9,29,2). Después de él, san Gregorio hablará magníficamente sobre ella (*Diálogos* III,34).

Para terminar, Benito agrega dos notas sobre la brevedad de la oración. La condenación evangélica de la palabrería no impide orar más extensamente, sin muchas palabras, si somos impulsados por la gracia divina. Sobre este punto, Benito sigue a san Agustín (*Epístola* 130,20), cuya justificación de la oración no menciona, sin embargo, la acción de la gracia.

En cuanto a la oración conventual, la señal dada por el superior para ponerle fin es una antigua costumbre cenobítica, de la que la *Regla* pacomiana (*Preceptos* 6) y Casiano (*Instituciones* 2,7) hablan casi en los mismos términos. Como sus dos predecesores, Benito quiere “que se levanten todos juntos”. En Pacomio, la oración que se termina así está ligada a una recitación de la Escritura, tomada del *Salterio* o de otro libro. En Casiano sigue a cada *Salmo* del oficio. ¿Será éste también el caso en Benito?

Evaluación del Capítulo 20: Hacer una investigación sobre las oraciones sálmicas.

Apéndice 2

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO XX:

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

Este capítulo forma una unidad con el capítulo 52 de la *Regla*. En el capítulo 8,3 de la *Regla* vemos la palabra “*meditatio*”, traducida por “estudio”. Esta “*meditatio*” en la *Regla* no es la meditación ignaciana, sino una repetición hasta memorizar. Lo que rezo y leo o escucho en la liturgia debe llevarnos a la “*lectio*” en la Biblia.

La primera parte de la Misa tiene su fuente en la sinagoga: lectura de la Palabra, canto de un salmo. La segunda parte tiene su fuente en el Templo donde se hacía el sacrificio.

Oración, súplica, ruego, petición, meditación, oración mental, lectio divina, liturgia, paraliturgia, ejercicios de piedad como vemos en la “*Sacrosanctum Concilium*”, nº 12²⁴, todo esto se anuda con otra palabra: **contemplación**.

¿Qué se entiende por contemplación? No hay una oración contemplativa. En el documento “*La dimensión contemplativa de la vida religiosa*” (12.08.1980) se dice que toda vida religiosa es contemplativa²⁵. La contemplación es una dimensión: “*Describimos la dimensión contemplativa fundamentalmente como la respuesta teológica de fe, esperanza y amor con la cual el creyente se abre a la revelación y a la comunión del Dios vivo por Cristo en el Espíritu Santo. "El esfuerzo por fijar en El (Dios) la mirada y el corazón, que nosotros llamamos contemplación, se convierte en el acto más alto y más pleno del espíritu, el acto que hoy todavía puede y debe coronar la inmensa pirámide de la actividad humana"* (Doc. cit., nº 1)

La contemplación es una forma de ser. La virtud de la sabiduría es la virtud que acompaña a la contemplación. La contemplación es mirar con especial gusto, mirando el objeto lo va entendiendo y lo va gustando. Contemplar es admirar. Este es un hábito natural que puede tener incluso un ateo. Lo más contrario a la contemplación es la superficialidad.

El contemplativo es un vidente que no ve el futuro sino que ahonda el presente y ve en lo profundo.

Lo contemplativo es del ser, ahondar el ser, y la hondura es la belleza. “El mundo se salvará por la belleza” (H. Urs von Baltasar).

²⁴ “Con todo, la participación en la sagrada Liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol”. (Conc. Vat. II, SC 12).

²⁵ “Como acto unificante de la proyección del hombre hacia Dios, la dimensión contemplativa se manifiesta en la escucha y meditación de la Palabra de Dios, en la participación de la vida divina que se nos transmite por los sacramentos, muy especialmente la Eucaristía, en la oración litúrgica y personal, en el deseo constante de Dios y la búsqueda de su voluntad, tanto en los acontecimientos como en las personas, en la participación consciente de su misión salvífica, en el don de sí mismo a los demás por el advenimiento del Reino. De ahí viene al religioso una actitud de continua y humilde adoración de la presencia de Dios en las personas, acontecimientos y cosas; una actitud que manifiesta la virtud de la piedad, fuente interior de paz y portadora de paz en cualquier ambiente de vida y de apostolado.” (nº 1)

El religioso contempla cuando ahondando encuentra a Dios. Pasa de la superficie a lo profundo, de lo profundo a lo bello, y de lo bello a Dios. Ve a Dios porque lo mira desde la fe, la esperanza y el amor. Esta dimensión contemplativa no nos evade de la realidad sino que nos mete en ella.

A veces falta un ejercicio de la hondura, que es una mirada que nos permite llegar a Dios, encontrarnos con Él en las cosas cotidianas, en la actividad, en el trabajo. Claro que se tiene que dar más fuerte en las distintas formas de oración, aunque a veces es más contemplativo el hombre que trabaja todo el día que el religioso que está todo el día rezando.

Orar no es meditar, no es *lectio*, no es ejercicio piadoso ni ninguna de las otras expresiones, aunque en la liturgia se incorpora la oración. Orar es pedir (en la liturgia se pide en las tres oraciones y en las anáforas). El Padrenuestro es el modelo de toda oración. La oración responde a las necesidades, y para esto hay que ver en la Biblia las oraciones como la de David, Ester, Judit. Jesús quiere que pidamos en su nombre, y la Iglesia pide “por Jesucristo...”. La dimensión contemplativa se da en la oración porque nos contactamos con Dios. El monje tiene el ministerio de la oración. La oración es un efecto de la devoción.

Meditar: La meditación entró en auge con san Ignacio de Loyola. Él pertenece a un siglo racionalista, hace entrar la imaginación (composición del lugar) y el razonamiento por la meditación en un juego de memoria e imaginación. Esta meditación es distinta a la de los padres del desierto, éstos meditaban repitiendo un versículo de la Escritura. En san Ignacio meditar es pensar haciendo uso de todas las facultades, y finalizaba con un acto volitivo que es el propósito o decisión de la voluntad.